

ganza; ¡desconfía de ella!... ¡vive en guardia!

—Fatmah me es indiferente,—contestó Mourad, encendiendo un cigarro.—¡Mi corazón tan sólo se dilata pensando en la imagen de mis sueños, en Susana de Bussine!

---

## CUARTA PARTE

### I



DESPUÉS de su sentencia; Luciano Lecomte, conducido de nuevo á la Casa Central, fué encerrado en su antigua celda; pero al día siguiente el Director le hizo llamar.

—¡Pobre Lecomte!—le dijo,—no habéis tenido ayer fortuna, ¡yo había creído que saldríais absuelto!

—Habéis hecho cuanto estaba en vuestra mano, y quedo profundamente agradecido al interés que me habéis manifestado.

—No tenéis nada que agradecerme, obraba según mi conciencia: si un momento he podido dudar de vos, después de observar á los testigos que se han presentado en contra, y de observar á vos, ya no dudo; por desgracia, los jurados, no tienen costumbre de estudiar á los criminales, y no pueden, como yo, leer en la cara de cualquiera de ellos sin temor de equivocarse. La hipocresía de Brazier y de Sagot, en vez de indignarles, les han convencido. Hecha esta declaración, tengo que ser para vos lo que he sido antes. Aún tenéis que pasar aquí dos años para extin-

guir vuestra primera condena, y siendo así, decidme qué contáis hacer, á qué taller queréis ir.

—¿No me es posible continuar en mi celda?

—No; la celda, cuando no es un castigo, es una recompensa, y me está prohibido hacerlos esta concesión, al día siguiente de una condena: por lo mismo, no puedo mandaros á vuestro antiguo dormitorio, que era de los distinguidos; vuestros compañeros podrían dar una queja contra mí.

—Comprendo, y en vuestro lugar, haría lo mismo, pero tiemblo volver al taller en que antes trabajaba. Allí están Brazier y Sagot, que me perseguirán de nuevo, y me expongo á pasar la vida prisionero, por haber tenido la desgracia de desagradar á esos dos hombres.

—No exageréis, además no es mi ánimo volveros á mandar al taller de donde habéis salido; elegid otro, el de tejidos, el de tintoreros... aprenderéis pronto cualquiera de estos oficios.

—Señor, el trabajo, cualquiera que sea, no me asusta; pero temo las mismas persecuciones, en todas partes. Esos dos hombres, tienen mucha influencia sobre sus compañeros.

—No sé á donde mandaros entonces: se necesitaría un cargo en el cual estuviérais solo ó casi solo. Y después, como si le ocurriese una idea repentina exclamó:—¿Tendréis repugnancia al trabajo activo, duro quizás?

—No, señor; por el contrario, los tres meses que he pasado en la ociosidad, han entumecido mis miembros de tal modo, que tienen necesidad de ejercicio.

—Pues bien, en la pieza contigua á la cestería, cerca de las calderas de vapor para los tintes, hay una bomba que alimenta uno de los depósitos de la casa: ¿queréis ser el encargado de hacer trabajar la bomba?

—Sí, señor, sí.

—Tendréis por único compañero un antiguo militar llamado Armando: es un pobre muchacho, de veinticinco años, cuya conducta había sido irreprochable en su batallón, y un día que estaba algo excitado por haber bebido, armaron un alboroto, quisieron detenerle los Agentes de la Autoridad, y tiró del sable. Nadie salió herido, pero el Código militar castiga con reclusión de cinco á diez años toda agresión cometida por un militar contra la Autoridad. Armando, condenado al mínimo de la pena, cumple en esta casa sus cinco años de reclusión; no tendréis por qué quejaros de él.

—Por el contrario, señor, os doy las gracias por semejante compañero, veréis como trabajo.

El mismo día, Luciano dejó su celda, y pasó al puesto que le designaban, encontrándose satisfecho relativamente, por estar cerca de un compañero, que no estaba preso por ninguno de esos delitos que afectan al honor. Ambos estaban obligados al mismo ejercicio, trabajando el uno mientras que descansaba el otro, pudiendo cambiar algunas frases, porque el Vigilante del departamento sólo de vez en cuando iba á visitar las bombas.

Una de sus distracciones en los largos días de verano, era subir sobre el cobertizo de la bomba para asegurarse de que el depósito que servía estaba lleno. Desde allí dominábase el camino de ronda y un pequeño patio situado al otro lado del muro. Distinguíase también el extremo de la isla, donde estaba construída la Casa Central y los dos brazos del Sena con sus dos hermosas riberas. Hacía cuatro años que Luciano no gozaba de tan hermosa vista, y gustábale distraer con ella sus pesares.

Hubiera sido relativamente dichoso, si por la

noche hubiera podido refugiarse en su celda; pero á la hora reglamentaria, tenía necesidad de ponerse en fila con los otros presidiarios y subir con ellos al dormitorio, donde todos sus compañeros le miraban con envidia, por las distinciones de que era objeto, no evitándose un codazo si le podían dar al pasar, ó dirigiéndole alguna frase injuriosa.

Al cabo de algún tiempo sus compañeros parecían un poco mejor dispuestos contra él, lo cual fue debido á la entrada en la Casa Central de Clopied, el Maestro de escuela y profesor de *caló*.

El primer cuidado de Clopied al entrar en la Casa Central, á la que tenía tanto amor, y que, como hemos visto, había hecho lo posible por volver á ella, fué tratar de reunirse otra vez con Sagot, dispuesto á perdonarle todas las faltas cometidas en su ausencia, siempre que le volviera á otorgar su intimidad con preferencia al ex Notario Brazier; pero Sagot, de carácter débil y algo voluble, ya no se acordaba de su antiguo amigo, no estando dispuesto á romper sus amistades con Brazier, que cumplía su tiempo de reclusión casi á la par suya; y entretanto, llegaba la hora de libertad, le ofrecía pagar sus gastos en la cantina, además de proveerle de tabaco... ¿Cómo sacrificar un amigo tan generoso?

Clopied sintióse desairado, y concibió una sorda venganza contra su amigo, que debía dar sus frutos.

En seguida tomó bajo su protección á Luciano Leconte, influyendo con los demás para que le consideraran; por lo cual, puede decirse que la casa se dividió en dos bandos, el uno, á cuya cabeza figuraban Sagot y Brazier, y el otro, capitaneado por Clopied, el Maestro de escuela, disminuyendo de este modo el número de enemigos de Luciano.

Dos meses apenas habían transcurridos desde su entrada en la Casa Central, cuando Clopied subió al dormitorio de Luciano, y le dijo, pasando rápidamente á su lado:

—Esta noche te vengaré.

Luciano no respondió, y al acostarse, se acordaba apenas de estas palabras. ¡Los presidiarios pronuncian tantas amenazas, que acaban por no tener valor! Sin embargo, las del Maestro de escuela eran serias, y á las dos de la mañana todos los presos de aquel dormitorio fueron despertados por un gran tumulto, reconociendo desde luego los gritos de Sagot. Clopied acababa de darle una puñalada, y aunque los otros presos acudieron, no fué tan pronto, que Clopied no repitiera un segundo golpe, que esta vez penetró en el corazón.

—¡Ahora, al otro!—dijo lanzándose furioso al lecho de Brazier; pero Luciano, que había sido el primero en acudir, se interpuso entre él y el lecho de la víctima.

—Déjame pasar, quiero matar á tu enemigo!

—Yo no tengo enemigos; no pasarás.

—Déjame, y si no...

—¡Hiere!—dijo Luciano,—me harías un favor.

Clopied vaciló un momento, lo bastante para que los Vigilantes sujetaran al asesino.

Le condujeron cerca de la víctima, que acababa de expirar.

—¡Sí, yo le he dado la muerte!—dijo Clopied,—¡de ese modo sé vengarme! Un hombre más ó menos en el mundo, ¡qué importa!

Y buscando con los ojos á Brazier que, trémulo, se escondía detrás de los otros, le dijo:

—¡Has tenido suerte, porque la tuya hubiera sido la primera al corazón!

Y se calló: dejóse poner sin resistencia las esposas, y conducir á un calabozo, mientras el

cadáver de Sagot, después del reconocimiento facultativo, fué trasladado al depósito de los muertos. Se hicieron desaparecer las huellas del asesinato, y aquellos hombres, acostumbrados á escenas sangrientas, volvieron á dormir tranquilamente. Sólo Luciano, sin poder conciliar el sueño, volvía su pensamiento hacia la época en que reposaba tranquilo al lado de Enriqueta, su hermana, y de Susana, su hija.

## II

El terrible drama que acababa de tener lugar, tuvo para Luciano la ventaja de hacer cesar las hostilidades en contra suya.

— ¡Ha estado á punto de morir por Brazier! — decían los más.

— ¡No hubiera hecho otro tanto Brazier por él! — decían otros, — Brazier se escondió mientras mataban á su amigo.

Esto le hizo gozar de cierta consideración entre sus compañeros, y un mes después de la muerte de Sagot, el señor Petithomme volvió á ocupar su antiguo cargo en la casa Central, habiendo tenido que aguardar á que su antecesor cumpliera el primer año de compromiso.

Un día, al visitar los talleres del tinte, se deslizó hacia la pieza ocupada por Luciano Lecomte, y éste, al apereibirle, corrió hacia él, y estrechándole las manos, le dijo:

— Gracias, gracias; ya sabía que estabáis otra vez en la casa. Hablad, estoy solo, y además mi compañero es un buen muchacho. Dadme noticias de Susana.

— Está buena.

— He recibido dos cartas tuyas, muy cortas; pero, era natural su reserva; sabía que la administración no me las entregaría sino después de haberlas leído. Decidla que hace bien en no venir á verme, que no quiero que se comprometa.

— Sobre todo, ahora, — exclamó Cornelio.

Luciano le miró sorprendido.

— ¿Por qué ahora? — murmuró.

— Porque prepara vuestra evasión.

— ¿Mi evasión?

— Sí, para eso he vuelto á la Casa Central.

— No quiero, — exclamó Luciano con vehemencia. Decidle que no aceptaré jamás; que toda persona que facilita la evasión de un preso, queda obligada á la pena de prisión por dos años, y diez, sujeto á la vigilancia de la Autoridad.

— Lo sabemos; ¿y qué más?

— ¡Cómo! ¿Y todavía insistís? Yo no permito que por mí se exponga ella ni nadie.

— Hacéis mal: evasión fácil, plan bien combinado.

Y todo esto era dicho en voz muy baja.

— Estudio esta parte de la casa; cuando llegue el momento ganaréis el depósito de aguas; subiréis los escalones que sirven á los obreros que reparan los tejados. Ya en él, cogeréis el poste de telégrafos abandonado, reunís en uno los cinco alambres que tiene, y suspendido de ellos atravesáis el camino de ronda, bajáis al patio que hay á la extremidad de la isla, corréis á la verja... obstáculo fácil de saltar... llegáis á la ribera... barco preparado... y... ¡salvado!

Luciano no había podido menos de escuchar con avidez este plan de evasión. Quizás, cuando había subido á la techumbre á contemplar el estanque y distinguir el río, había acariciado un pensamiento semejante... ¿Existe un preso, por

resignado que parezca, que no acaricie la idea de la fuga? Pero Luciano no quiso abandonarse á falsas esperanzas, y dijo á Cornelio:

—Olvidáis un detalle que hace el proyecto irrealizable.

—¿Cuál?

—Los hilos telegráficos reunidos, ofrecerán, de seguro, bastante solidez para atravesar la ronda, que es un camino de cuatro metros apenas; pero el patio, situado al extremo de la prisión, en el cual queréis que descienda, está custodiado por un cuerpo de guardia.

Cornelio se acercó aún más á su protegido y dijo:

—La Autoridad militar hace evacuar el puesto mañana: el Director carece de servicio para vigilar los puntos exteriores. Lo sé por el Jefe.

—Pero los torreones que dominan el muro de ronda tienen también centinelas.

—¡Por la noche! Desde mañana, la Autoridad militar, por no fatigar la guarnición, suprimirá el centinela; por el día un Vigilante solo cuidará de esta parte de la casa.

—Un Vigilante basta para dar señales de alarma...

—Puede ausentarse: os avisaré.

—¡Os tomáis un trabajo inútil!— dijo Lecomte después de reflexionar algunos instantes. —Vuestras palabras han podido por un momento trastornarme, pero mi sueño ha cesado; no huiré; sólo los culpables huyen; los inocentes aceptan su destino con resignación.

—¿Y no queréis?...

—No quiero.

—¿Estáis decidido?

—Decidido.

—Entonces, escuchad. Cesarina me ha dicho algo para vencer vuestra resistencia.

Recogióse un instante como para recordar todo lo que llevaba en la memoria, y dijo con voz trémula:

—Desde que os ha visto, desde que ha sabido sobre todo vuestra nueva condena, Susana está muy agitada, febril; sólo piensa en vos. Concibe mil proyectos de evasión, que la obligamos á desecharla, y sólo cuando hemos admitido éste, se ha logrado que adquiriera un poco de fuerza, de serenidad, que se tranquilice su pulso... Su estado es grave, y si queréis consolarla, no tenéis el derecho de vacilar.

Detúvose un instante, y dijo en otro tono:

—Esto es todo lo que mi mujer me ha dicho.

Luciano había tenido la cabeza baja, mientras Petithomme recitaba su lección; y cuando éste acabó, repuso:

—¿Y cuál es vuestra opinión particular? ¿No creéis que vuestra esposa exagera?

Cornelio, sin vacilar, mirando frente á frente á Luciano y con toda seriedad, dijo:

—Mi mujer tiene razón.

—¿Creéis que si yo sigo aquí, Susana?...

—¡Caerá enferma!

—Pero mi hermano, ¿qué dice á todo esto?

—Vuestro hermano...

—Sí, mi hermano; ¿por qué me miráis así?

—Es que vuestro hermano... yo no sé en lo que piensa; las noches está fuera de casa, los días encerrado en su estudio...

—¡Ah! ¡desgraciado, desgraciado! Y entonces ella estará sola... sin un protector...

Y volviéndose á su amigo, repuso con energía:

—Acepto: preparadlo todo, y avisadme.

Un instante después, se separaron.

\*  
\*\*

Podría creerse que para decidir á Luciano Leconte, Cornelio había exagerado el estado de Susana, pero no era así; aquella joven, de carácter impresionable, llevando hasta la exageración la idolatría por los suyos, había contraído una sobreexcitación nerviosa, produciéndole un estado febril de verdadera gravedad.

La esperanza de salvar á su tío la sostenía, sin embargo, pero una vez perdida ésta, caería en un estado de postración, que inspiraría serios cuidados.

El señor Petithomme, al volverse á encargar del taller de la Casa Central, había sido por horas determinadas, con la condición de entrar y salir cuando le pareciera, que era la manera de comunicarse con los unos y los otros, avisando á Luciano de los trabajos de sus amigos.

Como había dicho, el cuerpo de guardia establecido en la puerta de la isla había sido suprimido, y los centinelas del camino de ronda no hacían servicio más que por la noche; pero, en cambio, quedaba un Vigilante para custodiar aquel sitio.

Fácil le hubiera sido á Cornelio sujetarle y ahogar sus gritos, mientras el prisionero se fugaba; pero Luciano rehusó prestarse á ningún acto de violencia, ni aceptaba la fuga si había de traer responsabilidad para alguien.

Hubo, pues, que aguardar uno de esos sucesos que trajeran modificación en el reglamento; y entretanto Lionel Murdon, obediendo los deseos de Susana, preparaba la evasión.

Sólo Jorge de Bussine era extraño á este complot, y no parecía, ni aún sospecharle; aunque su existencia, más regular que antes, le hubiera permitido tomar alguna parte en la vida de familia, y participar de las esperanzas de Susana; pasaba la mayor parte del día en su estudio, y

sus amigos del Club, se lamentaban de no verle. ¿De qué nacía esta tardía prudencia? ¿Sus continuadas pérdidas le habían hecho al fin juicioso, ó las lecciones del señor X... le habían abierto los ojos contra el juego? Sin duda que esto debía ser, y antes de aceptar su sitio junto al tapete verde, deseaba estar enterado de todos los secretos del arte de los griegos.

Si alguna vez se presentaba en el Club, era para estrechar la mano de algún amigo, de Mourad, entre otros.

Jamás el ex Ministro había estado más satisfecho de la suerte. Los periódicos, con sus indiscreciones cotidianas, le hacían ser el hombre de moda, y sus intrigas amorosas, sus dichos oportunos, sus maneras, todo, era referido ó comentado. Citábanse los nombres de sus caballos, su genealogía, su precio; se publicaba el *menú* de sus comidas, y puede decirse que el *Rey de los Griegos* llegó á ser el Rey de la moda.

Al principio del invierno resolvió dar en su hotel de la calle del Circo una de esas fiestas destinadas á hacer época: quizás quería deslumbrar á Paris, quizás impresionar la imaginación de una persona que excitaba poderosamente su capricho, por lo mismo que le rechazaba.

De seguro que hubiera admitido esta última suposición, quien le hubiera sorprendido en este diálogo con Jorge de Bussine:

—¿Habéis oído hablar de la fiesta que doy la próxima semana?—dijo Mourad.

—Todo Paris se ocupa de ella.

—Cuento con vos, ¿no es verdad?

—Sin duda.

—¿Y con vuestra encantadora hija?—añadió, mirándole fijamente.

—Mi hija... no la esperéis, no quiere asistir á una fiesta de este género.

—Perdonad. La mayor parte de mis amigos llevarán sus esposas y sus hijas, personas admitidas en la sociedad. Verdad es que yo haré solo los honores de mi casa; pero es costumbre de mi país, donde las mujeres se encierran en el *harén* cuando damos una fiesta. Tomad cuantos informes queráis, y veréis que vuestra hija se encontrará perfectamente acompañada.

—No lo dudo, no necesito tomar informes; pero Susana vive retirada del mundo; no gusta de la sociedad, y tendré que luchar en vano con su resistencia.

—Por la amistad que me tenéis, haced por vencerla.—Pero como Jorge no respondiese, añadió:—Si no acepta mi invitación, creeré que me guarda rencor por no haber salido airoso en el encargo que me hizo.

—No lo creáis; está satisfecha de vuestro interés.

—Le tuve muy grande, y aún no he dicho en el asunto mi última palabra. He pensado más de una vez en ese encargo, y me he dicho, que si no salí airoso, fue porque seguí una pista equivocada, y en vez de ir á pedir el perdón del preso, debí procurar la evasión de éste.

Jorge levantó vivamente la cabeza.

—La evasión! ¿Cómo?

—Fácilmente; comprando la complicidad de algún Carcelero, sin reparar en precio. Figuráos un pobre diablo, cargado de familia, á quien el Estado da ochocientos francos al año, y yo le ofrezco cincuenta, cien mil de un golpe... Podéis decir á vuestra hija, que estoy resuelto á gastar mi fortuna para conseguir la evasión de su protegido.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## III

Cuando su pasión por Fatmah y su amor al juego dejaban á Jorge algún reposo, pensaba en su hermano, y se preguntaba cómo podría acudir en su ayuda.

Pero la ligereza de su carácter y la agitación en que vivía, le hacían incapaz de perseguir una idea.

En este estado las cosas, la conversación con Mourad le dió mucho que pensar. No era ya un vago proyecto de evasión el que cruzaba su mente; aquel proyecto tomaba cuerpo, se materializaba, y un hombre rico, poderoso, estaba decidido á todos los sacrificios para ayudarle. Así, pues, resolvió hablar á su hija de los deseos de Mourad.

No se daba cuenta exacta del estado de ánimo de Susana. La creía resentida por su vida disipada, y aprovechaba con gusto aquella ocasión de hacerse perdonar, probando á su hija que era capaz de ideas serias y que la suerte de su hermano le preocupaba.

Aquella niña, á quien había arruinado, á quien daba una existencia tan triste, la quería por intermitencias. Tenía períodos de ternura, en que se decía casi llorando, que la hacía desgraciada; pero tranquilizados sus nervios, se olvidaba de ella, sin tener la fortaleza de cumplir con su deber. Encontró á Susana sola, y le dijo:

—Hija mía, varias veces he creído observar que me juzgabas indiferente á los sufrimientos

de mi hermano, y te equivocas; pienso constantemente en él, y desde que hemos perdido la esperanza de obtener su indulto, discurro los medios de hacerle salir de su largo encierro.

—¿Hay un medio?

—Podríamos formar un plan de evasión.

—¿Un plan? ¿Tenéis algún proyecto?

—No; no tengo ninguno preciso; pero la idea más práctica sería comprar á un Carcelero ó á varios Vigilantes, si preciso fuera.

—¡Comprarlos! ¿Con qué?

—Con dinero.

—¿Le tenéis?

—No, — balbuceó; — nunca he estado más pobre; pero tenemos amigos que nos ofrecen su fortuna para este objeto.

—¿Qué amigos?

—Mourad-Bey, el primero.

Susana levantó enérgica la cabeza, y trémula, murmuró:

—Os suplico, padre mío, que no pronunciéis nunca ese nombre delante de mí.

—¿Por qué?

—Es verdad; había juzgado inútil deciros...

—¿Qué? ¡Habla!

—¿Para qué, padre mío? Ya es inútil... Casi lo he olvidado...

—No, no lo has olvidado; tu emoción me lo prueba. Vamos, Susana, habla; tengo derecho á saber lo que te pasa.

—¡Ese hombre que llamáis vuestro amigo, aprovechando la ocasión de hablarme sola, se atrevió á declararme su amor; y no contento con esto, trató de abrazarme, y tal vez de abusar de mi debilidad, padre mío!

—¡Miserable! — murmuró Jorge trémulo, despertando por fin de su atonía, para recordar que era padre. — Sigue, sigue, ¿quién te libró de él?

—El señor Petithomme, á quien traje en aquel instante mi Angel de la Guarda.

—¡Y nada me has dicho! ¡Y dejas que estreche todos los días la mano del infame que te ha insultado! ¿Tampoco respeto te merece tu padre, hija mía, para haberle ocultado semejante ofensa? Culpas graves tienes que perdonarme, pero no tantas que me retires tu confianza: ¡soy tu padre, Susana!

—¡Lo habéis sido, ya no lo sois! — dijo la joven con energía.

—¡Susana, olvidas!...

—¡Por desgracia, nada olvido, nada!

—¿Qué quieres decir? ¿qué encierran tus palabras? ¡Explicáte claramente, y acaso podré desvanecer tus sospechas! ¡Hija mía, me laceras el corazón, te juro que jamás he sufrido tanto como en este instante!

—Tranquilizáos, señor; no me refiero al pasado, de eso le daréis cuenta algún día á mi desgraciado tío, á vuestro noble y generoso hermano. Me refiero á lo presente; al juramento que habéis pisoteado, ¡olvidando de ese modo á mi santa madre, á esa pobre y querida mártir! — Y con la voz ahogada por los sollozos, Susana prosiguió: — ¿Y qué hora habéis escogido para faltar á vuestro juramento? ¡El instante en que vuestro hermano sufría la condena de un crimen cometido por otro!... ¡Ah, nunca olvidaré vuestra actitud cuando entré en vuestro estudio después de haberos esperado en vano toda la noche, para deciros que vuestro hermano os llamaba desde el fondo de su prisión... como os llamó en vano aquella fatal noche mi madre moribunda! ¡Y decís que sois mi padre! ¡Mi padre es el desgraciado que sufre con resignación las torturas del cautiverio; mi padre es el que, ni áun al verse encerrado en una sombría prisión, se olvida de mí;



mi padre, es aquel que todo lo olvida, lo perdona; aquel que me suplica sea indulgente para su verdugo, para el de mi madre! ¡Oh, padre Luciano! — exclamó la joven. — ¡Perdona mi delirio, mi justa indignación, ¿me mandas le perdone? ¡Olvidad mis palabras, olvidad cuanto acabo de decir, padre mío!

Y trémula, vacilante, el rostro cubierto de lágrimas, Susana dió un paso hacia su padre; pero vencida por la emoción, iba á desfallecer, cuando Cesarina, que acababa de entrar, la recibió en sus brazos.

Jorge, anonadado, con la cabeza inclinada, abandonó la instancia, atravesó con paso lento el jardín, entrando en el estudio, en donde se dejó caer en un diván.

Así permaneció largas horas con el cuerpo inclinado, la cabeza entre las manos, deslizándose por entre los dedos silenciosas lágrimas.

Cuando la tarde caía, Fatmah entró en el estudio. El no la vió... no la oyó... La circasiana se adelantó, y tocándole en el hombro, exclamó:

—¿Sufres?

—Mucho.

—¿Por mí?

—No, por ella.

—¿Quién es ella?

—Mi hija.

—¡Ah! eso es peor. Dime tus penas, ábreme tu corazón: eso te hará algún bien.

—Tienes razón.

Y paseando por el estudio, agitado, febril, le hizo conocer su vida, sus antiguos desórdenes, su pasión por el juego, la muerte de su esposa, su juramento, cómo al verla la había amado y había perdido al juego los medios de alcanzarla, el olvido en que tenía á su hija, y que esta le reprochaba.

—Yo no había pensado en esa hija,—dijo la circasiana, fijando en él una mirada profunda;—obedecía á Mourad como esclava sumisa y hacia lo que me ordenaba.

—¿Te ordenaba que te hicieras amar de mí? ¿Por qué?

—Busca, y hallarás... Yo he buscado, y hallé. ¡Tu hija! Pienso en ella desde el día que he comprendido que Mourad la ama.

—¡Ah! ¡tú sabes!

—¿Y tú también?

—Desde hace un instante, acaba de confiarme que Mourad le ha hablado de amor.

—¿Y tu hija no miente?

—Jamás.

—Está bien: reflexionaré en todo esto. ¡Adios! Y se retiró como había entrado, dulce, silenciosa, grave...

Él no la siguió siquiera con la vista; permanecía inmóvil, aterrado, meditaba en lo que le había dicho Susana... Las reconvenciones de su hija le habían hecho un efecto terrible, penetrando en su corazón.

A las dos de la mañana, el baile ofrecido por Mourad-Bey, al París bullicioso, había llegado á su mayor grado de esplendor; todos los invitados habían concurrido, y nadie tenía el valor de retirarse de las magnificencias de aquella fiesta.

Sin embargo, al principio hubo algunos descontentos: todos esperaban verse transportados al Oriente, penetrar en algunas de esas moradas fantásticas de Constantinopla ó del Cairo, respirar perfumes suaves, saborear refrescos desconocidos, servidos por esclavas, adornadas de ricas joyas... y nada de esto sucedía. Mourad ofrecía á los parisienses una fiesta puramente francesa. Sus salones, eran notables por el buen gusto; los criados, que circulaban con refrescos

vestían todos frac y también el dueño de la casa, que de ordinario solía llevar la levita abrochada y el *Fez*, se había puesto frac y corbata blanca, como todos sus convidados; pero cuando se recorrían los salones y se miraba al jardín, la vista era sorprendente.

Aquel jardín, que se extendía hacia la Avenida de los Campos Elíseos, medía más de cuatro mil metros cuadrados, y había sido transformado para esta fiesta en una estufa gigantesca, en un inmenso jardín de invierno. En lugar de verse transportados á Oriente, hallábanse transportados á los trópicos, con su exuberante vegetación.

Todas estas plantas, traídas de las mejores estufas, alternaban con los árboles ordinarios del jardín, cuyos troncos desaparecían bajo inmensas enredaderas, y en sus ramas se veían flores exóticas que los desfiguraba por completo.

Toda esta floresta improvisada despedía penetrantes perfumes; se aspiraba un aire, que parecía respirarse bajo otro cielo.

Ni candelabros ni bujías iluminaban aquel oasis. Gracias á la electricidad, hábilmente colocada, parecía el jardín iluminado por la aurora de un hermoso día, cuando el sol, para anunciar su llegada, difunde por el horizonte un rayo de oro luminoso.

En el fondo del jardín, una magnífica orquesta interpretaba melodías de Chopín, de Verdi y de Mendelsshon; nadie pensaba en bailar, sino en acechar.

Fatmah estaba ausente: Mourad había pretendido tenerla en sus salones, pero ella, contestó:

—No quiero verme entre todas esas mujeres: en el *harén* no sufría, porque me juzgaba preferida; aquí es muy distinto.

Y Mourad, sin preocuparse más de los celos de Fatmah, la olvidó, pensando en sus invitados.

Veíanse allí hermosuras célebres ya pasadas, al lado de los nuevos astros de la belleza parisién. Era una confusión de trenzas negras, de cabellos rubios, de brazos desnudos, de cuellos de alabastro, enriquecidos de joyas deslumbradoras...

¡El triunfo de Mourad era completo! Su estrella brillaba más que nunca, y las alabanzas que le prodigaban, no parecían, sin embargo, satisfacerle: veíasele inquieto, preocupado, con la mirada siempre fija en la puerta por donde entraban sus invitados.

Era que aguardaba á Susana de Bussine. No podía comprender que su padre, á quien había hecho tantos favores, le hiciera el desaire de faltar á su invitación; ni que aquella joven, á quien había demostrado afectos tan linsonjeros, se negase á asistir á una fiesta dada por ella... ¡sí, sólo por ella!

Siempre ciego por su materialismo, sin conocer el corazón de la mujer, y sobre todo la mujer europea, había esperado fascinar á Susana con los esplendores de su fiesta, con el brillo de su nombre...

¡Y no se presentaba!... Sin embargo; ¡si ella supiera!... No tenía más que pronunciar una palabra, para que su padre cayera en su completa decadencia, y en uno de sus momentos de despecho, exclamó:

—¡Ah! si no vienen, daré esta noche mis órdenes á Sivasti.

A la fiesta dada por Mourad asistían todos los individuos del Club, en que acostumbraba ir á ver jugar, sin que jamás tocara una carta: en cambio, faltaba su agente Sivasti, y esto fué reparado por sus amigos, que ocupaban sus ocios paseando por el jardín del dueño de la casa.

—¡Qué lujo! ¡Qué prodigalidad! Esta fiesta

debe costar, lo menos, ¡quinientos mil francos!

—Para permitirse tales gastos, preciso es que Mourad tenga una fortuna colosal.

—No creo eso,—repuso la persona que acababa de admirar el lujo de aquella fiesta.—Un viajero de su país me aseguró que Mourad tenía una fortuna inmensa en pedrería, pero que los beduinos se la habían arrebatado, después de sostener con ellos una lucha terrible.

—¿Quién os ha dado esos detalles?

—El Capitán de un barco con quien hablé últimamente en Marsella. En el vapor que mandaba entonces dicho Capitán, se embarcó en Túnez Mourad con su Secretario, llamado Sivasti, y una hermosa esclava circasiana, y cada uno llevaba un cofrecillo.

—¡Lo véis!

—Sí, pero ahora viene el desenlace.

Todos se acercaron al narrador, que dijo en voz baja:

—Apenas dicho barco había dejado la rada de Túnez, se desencadenó una violenta tempestad.

—Lo sabemos; no pudieron salvarse más que los pasajeros y sus bienes.

—Cierto, pero pocos instantes después Mourad y los suyos eran atacados por un grupo de beduinos, que les arrebataron sus tesoros.

—¡Nadie ha hablado de ese lance!

—Nadie más que mi Capitán, que fué testigo del hecho: no creáis que es un charlatán, es hombre formal, y además, ni se acordaba de sus pasajeros, si yo no les hubiera citado.

—Entonces, ¿cómo Mourad puede sostener el tren que tiene, darnos estas fiestas?...

—¡Ah! de eso nada sé; os he dicho lo que la casualidad me ha hecho conocer, y no he tratado de saber más. Mourad no se cuenta en el número de mis amigos, y no me creo comprometido

por pasar algunas horas en su casa entre tres mil personas.

—¡Sería curioso penetrar el misterio de su vida! En París nos basta con que llegue un extranjero y nos ciegue con un puñado de oro, para no buscar el origen de su fortuna.

—Quizás juega y gana. En Francia hay millares de individuos que viven así y viven muy bien.

—Os equivocáis: Mourad no toca nunca una carta, y dice profesa al juego verdadero horror.

—¿Por qué entonces pertenece á tantos Clubs?

—No todo el que pertenece á un Club, es jugador.

—Sin duda; pero en ese caso podía visitar el salón de lectura, ó el de conversación, mientras que él no se separa de la mesa del *baccarat*.

—Le gustará ver jugar.

—¡Vaya un capricho! Creed que si personas prudentes vigilaran un poco á ese extranjero...

Esta conversación fue interrumpida por la llegada de varias personas; pero ese relato interesó vivamente al señor X... que, continuando su paseo por el jardín, reflexionaba y veía siempre á Mourad de pie junto á la mesa de juego cuando él *tallaba*... Más de una vez, la mirada fija de aquel hombre le había aterrado; sin embargo, jamás le había ocurrido fuese cómplice de Sivasti, aquel oriental tan considerado en los Círculos de París, tan servicial y tan delicado en su proceder.

Al ver desvanecerse la fortuna que él le suponía, la inteligencia del señor X... trabajaba, y mil incidentes, en que no se había fijado, surgían en su memoria.

Aquel Sivasti, cuyo nombre acababan de pronunciar delante de él por vez primera, que había huido con Mourad de Túnez, ¿no sería Sidi-Bou-Said que vivía en la calle Villiers, que pa-

recia no conocer á Mourad, pero no podían verse en secreto y explotarle de común acuerdo?

—Ya estaré sobre la pista,— se decía el señor X...— ¿Habré tropezado al fin con el jefe invisible de la banda de que formo parte?

Meditando de este modo el señor X... dejó el jardín, recorrió los salones del piso bajo, y subió luego á los del principal; todos estaban llenos, y la mayor parte de los convidados pertenecían á los distintos Clubs de Paris; es decir, que estaban allí reunidos todos los jugadores.

Un joven de unos treinta años, de retorcido bigote rubio, de maneras distinguidas, de intachable elegancia y excelente humor, jugaba con un caballero al *ecarté* y acababa de ganarle seis *partidas* seguidas.

El señor X... se preguntó dónde había visto aquella cara, y de repente un recuerdo hirió su memoria; un día que esperaba en la casa de la Avenida Villiers, por la puerta entreabierta vió pasar á aquel sujeto, á quien el dueño de la casa despedía.

—¡Calle, calle!— se dijo,— aquí están todos. Y corrigiendo al punto su frase, murmuró:

—¡Es decir, aquí estamos todos!

Siguió recorriendo los salones, y en otra mesa vió *tallando* á un hombre de cincuenta años, con quien se había cruzado una vez al entrar en aquella casa misteriosa, y en la mesa del *whist* y de la *banca* vió personas apercibidas en idénticas condiciones.

Decididamente, había caído en medio de todos sus colegas. Toda la banda estaba reunida en casa de Mourad... ¿Por qué?

El señor X... no quiso fiarse solamente de su memoria; creyó prudente informarse mejor, y nada más fácil: si las personas de que sospechaba jugaban honradamente, era que no tenían la

menor connivencia con su conocido de la calle de Villiers; si, por el contrario, se entregaban á sus operaciones habituales, sus sospechas se mostraban realizadas.

Resolvió, pues, estudiar el juego, y volvió á colocarse junto á la mesa de *ecarté*. El joven rubio acababa de ganar otras dos jugadas, y encontró, sin duda, que no era suficiente, porque el señor X... que observaba con atención, le vió barajar las cartas, separar once de una manera especial, y fingiendo barajarlas de nuevo, las colocó con una rapidez sin igual debajo, operación que no fue apercibida por nadie más que por el señor X... hombre no menos práctico que el que operaba.

Por fin, el *corte* podía descomponer de algún modo su combinación, y logró, apretando las extremidades, abarquillar ligeramente las cartas, y el jugador, sin desconfianza, cortó por donde estaba la indicación de la baraja, colocando él mismo encima la jugada preparada.

El señor X... había visto cuanto necesitaba, y pasó adelante, dirigiéndose á la mesa donde se jugaba al *piquet*, y pudo hacer observaciones idénticas.

Después de esta segunda experiencia, el señor X... se dirigió hacia las otras mesas, y en todas pudo observar *fullerías* más ó menos hábiles, más ó menos embozadas; pero perfectamente claras para él.

—No hay duda,— se dijo,— estamos aquí *toda la banda*. ¿Es esto efecto de la casualidad? ¿Les ha enviado su Jefe á operar en casa de Mourad, ó es este el Jefe de todos, y trata de sacar de su misma fiesta los gastos que le ha ocasionado?

La noche avanzaba, la mayor parte de los convidados ibanse retirando, y el señor X..., queriendo imitar su ejemplo, se dirigió hacia el ves-

tíbulo, y ya con su paletot puesto, tuvo el capricho de dar su último paseo por aquel jardín casi desierto. Atravesaba una calle solitaria, cuando un hombre, envuelto en un abrigo de pieles, pasó casi á su lado sin verle; ¡tan preocupado iba!... Creyó reconocer á Mourad, y le siguió con la vista... Aquel hombre se dirigió hacia una puertecilla, situada al extremo del jardín, que debía comunicar con la Avenida del Elíseo; la abrió y desapareció. Al punto, sin vacilar, el señor X... volvió á la casa, atravesó los salones, bajó la escalera como un huracán, y se metió en un coche de alquiler.

—¡Cinco francos de propina! ¡A escape! Avenida Villers.

Al ver salir á Mourad, se habia dicho:—Para abandonar su fiesta, algo importante le ocurría; de seguro, ¿se dirigirá á casa de su cómplice?

A mitad de la Avenida Villers, dejó el coche, y le despidió. Encaminóse á pie hacia la casa que también conocía; ningún carruaje habia delante de su puerta. Mourad quizás no habia llegado, y se convenció, al escuchar á lo lejos un carruaje que se acercaba. El coche se detuvo á corta distancia de la casa, y el que le ocupaba, pagó al cochero, como habia hecho el señor X... Este, que se habia refugiado en la empalizada de una casa en construcción, vió pasar por delante de él al hombre envuelto en el abrigo de pieles que habia apercibido en el jardín, y que tenia el aire y la estatura de Mourad. Al llegar éste delante de la casa antedicha, miró en torno suyo; abrió la puerta con una llave que tenia, y entró.

—Ahora, —dijo el señor X... — vamos á esperar hasta que vuelva.

Un carruaje que pasaba desocupado, condujo de nuevo á el señor X... á la calle del Circo, y entró de nuevo en el hotel.

Se dirigió al jardín, y al cabo de una hora, la pequeña puerta se abrió y el hombre apareció sin dejar duda al señor X..., porque le vió arrojar su abrigo de pieles á un criado, y reconoció á Mourad.

Sabia cuanto deseaba, é iba á retirarse, cuando tuvo el capricho de saber lo que habia sido de los demás Agentes de Sivasti. Todos estaban diseminados en distintos salones... ¡La noche habia sido para ellos!

Nada más curioso para un observador perspicaz como el señor X..., que observar á aquellos trabajadores hábiles, graves, silenciosos, que con su frac negro, su corbata blanca y su pecho adornado con alguna condecoración, parecían diplomáticos que se dignaban honrar la fiesta de Mourad.

Los salones estaban casi desiertos, las últimas parejas habian cedido al cansancio, y el señor X... se retiró definitivamente, encantado de la noche pasada.

## IV

Hacia tiempo que el señor X... no veía á Sivasti sino de vez en cuando; sus visitas cotidianas eran inútiles, puesto que no jugaba y se contentaba con ir un par de veces por semana á la Avenida Villers para dar cuenta de los adelantos de su discípulo Jorge de Bussine; pero al día siguiente de la fiesta de Mourad, al despertarse, muy entrado el día, le entregaron un billete así concebido: